

con vida propia

ELIANA BÓRMIDA *

Sophia en Mendoza

SÓLIDA, AUSTERA Y ROTUNDA

como su tierra, como sus obras

Eliana Bórmida es una pionera en la nueva visión de la arquitectura del vino. Protagonista del resurgimiento de su provincia, siente alegría por lo que vive su tierra. La esencia de sus proyectos son el respeto por el paisaje, el amor al terruño y los materiales autóctonos.

📍 | Carolina Cattaneo 📍 | Pablo Betancourt
Enviados especiales



M

endoza.- Esta ciudad recibe a *Sophia* con un día nublado, una Cordillera de los Andes

lejana pero presente, inmutable, imponente, y un frío inclemente que ofrece un respiro sólo cuando al sol le da la gana asomarse. En el centro, a pocas cuadras de la Plaza Independencia, está el estudio de la arquitecta Eliana Bórmida (63) y Mario Yanzón, su ex marido desde hace años. El lugar es una casa chorizo de principios del siglo veinte, reciclada, de ladrillo a la vista, repleta de obras de arte y con un jardín de invierno por donde entra la luz del mediodía. Allí trabajan más de veinte personas. Son parte del equipo de jóvenes profesionales que esta arquitecta mendocina viene formando día tras día, desde hace años, ya en la universidad, donde sus alumnos aprendieron a vivir la profesión como lo hace Eliana: desde las vísceras.

En la oficina de Bórmida, no hay computadora. En cambio, se ve una mesa repleta de dibujos, lápices, carbonilla y gomas de borrar. Una biblioteca enorme acoge libros de historia de la arquitectura, y en un sillón reposa el *Atlas de Arquitectura Mundial*, donde figura un proyecto suyo: Killka, el espacio cultural de las Bodegas Salentein, la obra arquitectónica que, en medio de la inmensidad del valle de Uco, emerge de la tierra, naturalmente, como la planta de coirón, nativa de la zona.

En mis primeros años, hacíamos obras que eran brutalistas, una corriente de arquitectura que estaba en boga en los años setenta y que había llegado a Mendoza. Me impresionó, porque ese movimiento no se interesaba por el concepto tradicional de belleza, sino por otros valores, como el de los volúmenes, el espacio, el paisaje, la composición, el carácter. Sobre todo, el carácter. Eso es lo que tiene que tener una obra: carácter, explica Eliana, madre de dos hijas y abuela de dos nietos.



Tiene 63 años, es madre de dos hijas y abuela de dos nietos. Cuenta que su cable a tierra es ir a la milonga a bailar tango.



"Salentein fue concebida con rocas, cantos rodados, arena, tierra, hormigón y limo, los materiales que componen el suelo de Mendoza en interminables capas –explica Eliana–. Levantamos las paredes con lo que salía de las excavaciones. Esos materiales, combinados con acero, vidrio y hierro oxidado, conforman un lenguaje muy contemporáneo, pero afín a nuestra región andina. Cromáticamente, y desde el punto de vista de las texturas y del carácter, este conjunto se asocia al lugar. Sobre todo, para la arquitectura del vino".



con vida propia

ELIANA BÓRMIDA *

Eliana descubrió su vocación “*de una manera casual*”, durante una beca en Chicago, a los 18 años. Un hombre cercano a la familia que la hospedaba le hizo conocer su estudio y recorrer los corralones. *La madera, el hormigón... todos esos materiales me generaban sensaciones físicas. Se me hacía agua la boca y me daban cosquillas en la punta de los dedos. ¡Fijate qué ridículo!*, recuerda hoy, y ríe. De regreso al país, se inscribió de inmediato en la Facultad de Arquitectura. *De ahí en más, fue una carrera muy grata porque la encontré muy afín a mí, que era una chica introvertida, reflexiva. Durante treinta años, fui profesora de Historia de*

la Arquitectura, y fue una marca fuerte. Eliana, que camina con sus botas de taco alto entre bolsas de cemento y por un andarivel de madera con la naturalidad de una modelo en la pasarela, hoy es parte inseparable de un movimiento que hizo resurgir a la cultura vitivinícola de Mendoza. Es que hasta los años ochenta, las bodegas eran construcciones limitadas a tinglados y galpones; y el vino, un producto al cual no se lo consideraba *premium*. Entonces, un grupo de bodegueros locales que empezaron a viajar por el mundo vieron que allá afuera existía una búsqueda por revalorizar y resignificar al vino y sus espacios, y

arquitectura que lo representaba?” Una gran sorpresa, un contraste, cuenta. En los noventa construyó su primera gran obra, que fue Salentein, a pedido de un grupo de inversores holandeses. *Allí valoramos la inmensidad del valle y la imponencia de la Cordillera de los Andes. Todo el monte nativo, como un horizonte de un color muy neutro, muy pálido, que se extendía hacia los violáceos de la montaña, fue imponente. Ese sentido grandioso de la distancia, del aire, del vacío fue reflejado en la obra, que tiene un eje paralelo a la montaña, por el cual hay que caminar y en el que está presente el desierto. Uno descubre en cada lugar su propia clave. Lo que el lugar expresa, lo que el lugar es y quiere comunicar. Y la persona que va a visitar el sitio tiene que ser dominada por el genio del lugar, por su espíritu, eso que lo hace único.* Hoy suma años de trabajo, trece bodegas, catorce intervenciones, nueve proyectos de arquitectura y paisajismo, y premios en el exterior.



Arriba: La cava de la bodega Salentein, con una rosa de los vientos que marca el centro del lugar. **Abajo:** Uno de los ventanal de Killka, que deja ver el paisaje.



quisieron aplicar esto en su provincia. Eliana se sumó a esa movida y comenzó a trabajar en la ambientación de esas bodegas. *Desde la universidad, me había propuesto investigar la cultura de Cuyo relacionada con la cultura andina. Empezar por revalorizar lo nuestro. Comenzamos por el oasis urbano, la ciudad. Después seguimos por el patrimonio cultural y arquitectónico del vino. Mientras estudiábamos todo eso, descubrí que entre 1885 y 1930, en Mendoza, había habido una arquitectura de gran dignidad. Vimos que habían sido palacios. Entonces, dijimos: “¿Qué era el vino en esa época cuando tenía esta*

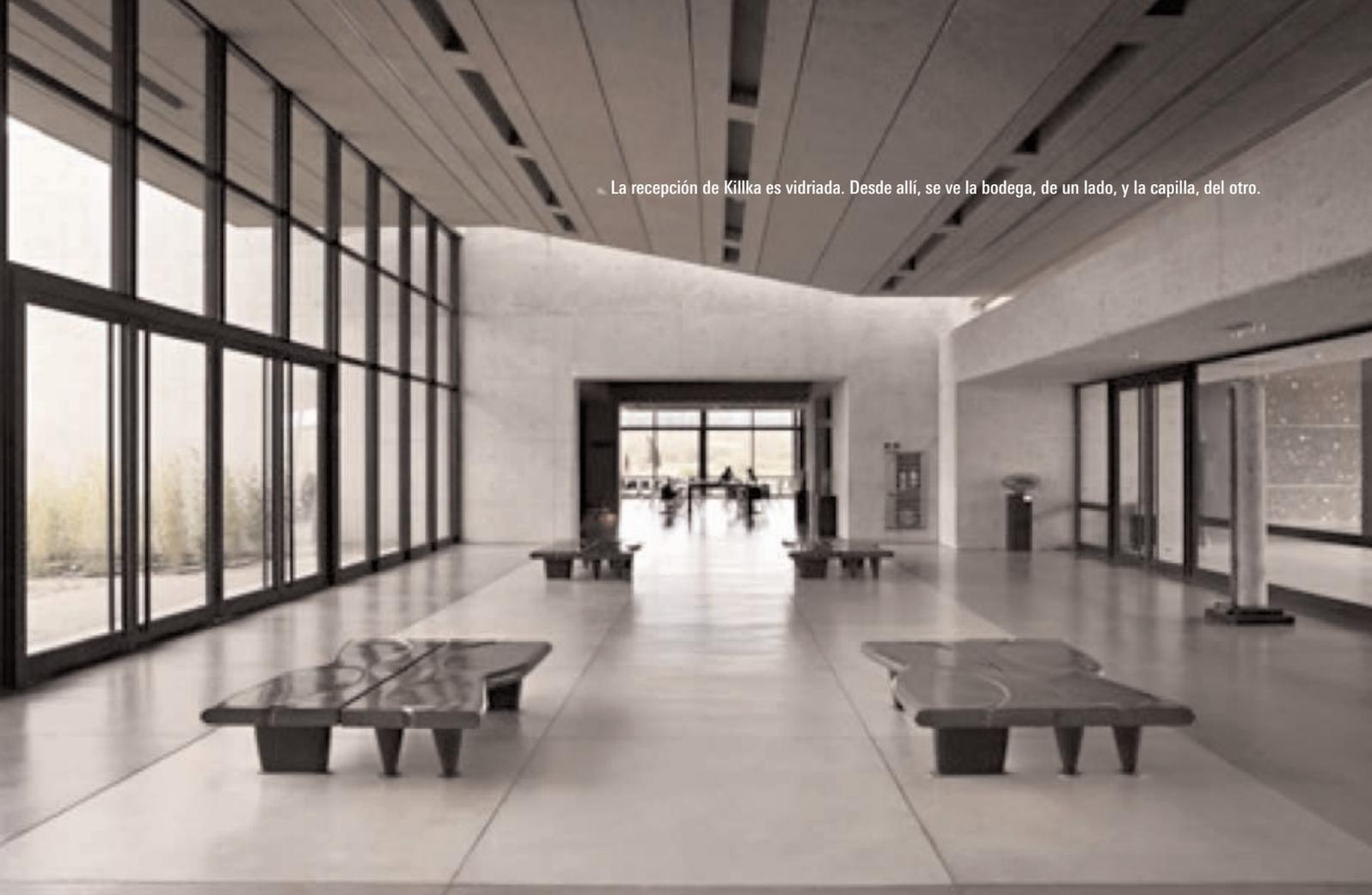
—¿Qué sentís después de más de veinte años de estar dándole identidad a una Mendoza que renace de la mano del vino?

—¿Qué siento? Siento alegría, siento agradecimiento. Estoy contenta. Pero me da alegría no sólo por lo que me pasa a mí, sino por lo que le va pasando a Mendoza. Uno puso en marcha algo y después viene todo lo que va ocurriendo a partir de eso, que no le ocurre sólo a uno. Eso es lo más lindo.

Eliana habla y se le llenan los ojos de lágrimas; con la voz cortada, intenta seguir. Su emoción revela décadas de “mucho, muchísimo entusiasmo”.

—Decís que el tema del vino se presta para hablar de una celebración a la tierra y a la naturaleza.

—El concepto contemporáneo dice que el vino nace en la tierra, mientras que las bebidas que hoy están de moda, sobre todo las gaseosas, son productos químicos, de laboratorio. La naturaleza es la mejor compañera del vino. Entonces, ¿cuál es su espacio? ¿Sólo la bodega?



La recepción de Killka es vidriada. Desde allí, se ve la bodega, de un lado, y la capilla, del otro.

“Una cosa es vivir y disfrutar del lugar donde naciste con tus sentidos y experiencias cotidianas, y otra cosa es cuando te adentrás, cuando lo conocés profundamente. Estudiás la historia y salís de los límites geográficos de ese espacio; conocés el escenario más grande, al cual vos también pertenecés, y empezás así a descubrirle a tu lugar otros atributos, más matices. A un arquitecto todo eso le llena la imaginación”.



La galería de Killka recibe al visitante con una fuente de agua que tiene una escultura en el medio. En el fondo, se visualiza el espacio donde se produce y estaciona el vino.

con vida propia

ELIANA BÓRMIDA *

No. También lo son la tierra trabajada, el clima, el suelo, el sol, el aire, la brisa o la lluvia. Ahí, en la naturaleza, nace, realmente, el vino.

—¿Por qué le das tanta importancia a la sombra?

—La sombra, para Cuyo, es la posibilidad de estar bien. Nosotros vivimos en un clima desértico, tórrido, donde el sol es agobiante. Pero es maravilloso sentir el sol desde la sombra. Estar en un exterior donde hay tanta luz que te lastima la

vista y, luego, entrar en un espacio en penumbra es grato, es una sensación placentera... La luz y la sombra se sienten físicamente. Sobre todo, durante las siestas mendocinas. Hay una cosa sensorial muy fuerte con la luz, la sombra, el calor y el fresco.

—¿Qué podés decir de las claves de la identidad mendocina?

—Que es inagotable: tiene infinitas expresiones. Pero hay cosas fundantes. La arquitectura de Mendoza tiene un

haberme dedicado con tanta pasión a la arquitectura significó haber dejado de cubrir espacios importantes —confiesa—. Por ejemplo, en la vida de madre de familia. Mis hijas siempre me reprochan que yo les di poco tiempo. Yo nunca sentí que las dejaba, de ningún modo. Pero a ellas dos les hubiera gustado que yo fuera una mamá “normal”. Que las hubiera ido a buscar al colegio. Que las hubiera llevado a casa y les hubiera dado el té. Y yo no lo hacía; estaba en las obras. Llegaba a la noche, después que las chicas venían del colegio y hacían los deberes solas. Entonces, quizá vieron una mamá un poco dura. Pero hoy están orgullosas por el crecimiento de Mendoza y saben que nuestra familia es parte de eso”.

—¿Qué recuerdos tenés de tu infancia en esta tierra mendocina?

—La familia de mi madre era gente que tenía viñas y bodegas. Y mi abuela Felisa tenía una casa enorme, en Guaymallén, con acequias donde florecían los juncos y las calas, donde el agüita corría por los surcos. Una viña con un caserón gigante, en el que nos refugiábamos del sol abrazador durante la siesta. Tengo entre los recuerdos más remotos de la infancia el fondo de esa casa, donde había tierra seca, olivos, gallinas... Para mí, que era una chica de ciudad, eso era algo extraordinario. ¡Era el lugar de jugar!



La tapia es un sistema constructivo muy antiguo, que se eligió para la Capilla de la Gratitud, un lugar austero, de reflexión e introspección, en medio del Espacio Salentein.

Eliana dice que busca despertar “emoción y sentimiento por la naturaleza” en quienes visitan sus obras: “Que valoren el trabajo del hombre, el producto”.

carácter austero. Mendoza siempre fue austera; el desierto es austero, es económico en su expresión; no hay derroche de follaje ni de nada. Todo es medido, duradero. Y la arquitectura que a mi criterio mejor se expresa aquí es la que es austera, sólida, rotunda, con materiales permanentes...

Eliana dice que las cosas se han ido dando porque las oportunidades fueron surgiendo, y ella ha ido jugando a meterse. *Y quizá, no sé, en la vida mía,*

Aquel contacto con lo rústico del patio de la abuela le resultaba fascinante. La madera agrietada del gallinero, los alambros oxidados, el barro... Un enorme contraste con aquel estilo *Art Nouveau* del frente y las salas de aquella casona de Guaymallén. Y de manera espontánea, como si los colores y las líneas geométricas se acomodaran solas sobre un papel en blanco, Eliana se da cuenta de que todo aquello no estaba tan alejado de ese “*otro concepto de belleza*” que le había impactado del brutalismo. Sin buscarlo, ahora ve que todo eso que la fascinaba en su infancia y en su juventud universitaria se unen y dan como resultado un diseño perfecto. El de la arquitectura de su propia vida. ■



“En las etapas iniciales de un proyecto, soy tremendamente intuitiva. Me gusta ir al lugar y sentir la naturaleza profundamente. Estar callada, que no me hablen. Camino, miro para acá, miro para allá... Escucho. Todos mis poros están abiertos; estoy sintiendo el espacio. Después empieza algo más racional, para ver cuáles son las claves de ese lugar. Al espacio lo siento de manera visceral. A mí me conmueven profundamente los momentos en los que puedo experimentar la sensación de vacío del espacio. Es algo que influye en la respiración. Ese vacío gigantesco donde uno se dilata, se expande. Y, de repente, uno empieza a sentir las cosas más próximas. La percepción del espacio es una experiencia maravillosa, sublime”.



Además de la construcción de Salentein, Eliana lideró la obra en la bodega O. Fournier, que se alza imponente en el departamento San Carlos, frente a la Cordillera de los Andes.